

El beso eterno de la voz de Carlos Velázquez Cruz

Rodolfo Lugo Ferrer
Departamento de Español
Universidad de Puerto Rico en Ponce

Leer es un acto que implica asumir un valor ante la lectura; a la vez, se convierte en un acto individual, extremadamente solitario, casi monacal a semejanza con la actitud de un monje trapense. Por lo tanto, leer es un placer egoísta en sí mismo, y mucho más si leemos poesía, el cual podría considerarse como un acto heroico, por la infinidad de posibilidades que nos ofrece la palabra poética, esas aguas profundas de decir más con menos. A eso nos somete la lectura del poemario *El beso eterno de la voz* (2018) del poeta Carlos Velázquez Cruz.

Leer poesía nos arroja a derivar (o deshacernos de) lo que el crítico literario Harold Bloom establece en su planteamiento de los cuatro dogmas teóricos, muy constante en las últimas décadas en el ámbito de los estudios literarios: la muerte del autor, la muerte del yo ficcional o del yo como ficción, la reducción de los personajes a insignificantes seres contruidos de papel y tinta (en el caso de este poemario, al yo o a la voz poética) y al lenguaje asumiendo la acción de pensar por nosotros. Con este poemario, Velázquez Cruz, podríamos decir, sin ninguna duda, logra una provocación consciente o inconscientemente en el lector.

Al enfrentarnos a su lectura, tenemos que investirnos del poder que da la misma, con todo el énfasis en los poderes de la lectura. Cada poema está escrito con desenfado, ironía, hasta un cierto grado de indefensión ante el poder avasallador de cada palabra, de cada imagen lúdica, lograda a través del rescate de la metáfora como imagen infinita e iluminadora. Si recurrimos al primer planteamiento bloomdiano, sobre la muerte del poeta, en este poemario Velázquez Cruz logra un juego como una

rayuela; se aprecia una constante travesía en ir y venir desde el origen hasta el final definido y viceversa, en donde el poeta logra resurgir, revivirse ad infinitum en cada palabra; esa misma palabra con la que construye cada imagen, cada metáfora en la que cierne un velo de magia, de fantasía; en la que logra fusionar la realidad con la imaginación, y, así, de esta manera lograr evitar la muerte del poeta, evitando su propia muerte al resurgir e inmortalizar al poeta mediante la palabra, trascendiendo su muerte como ente o como ser creador a través o mediante cada palabra, cada imagen poética, cada poema.

En este poemario, Velázquez Cruz logra rebasar la finitud de su existencia, su finitud como animal humano. Se perpetúa más allá de lo finito y tangible de la propia palabra y del poema. Trasciende lo humano, se permuta o transforma en lo infinito de la propia muerte, maridando al Eros y Thanatos. Es el poeta, y se anula la muerte del autor, porque trasciende. *El beso eterno de la voz* es así un poemario de la trascendencia. Hay un binomio de perpetuidad, el rol del lector en constante lucha con el creador. No son poemas de fácil lectura; en algunos casos no son placenteros; en muchos encontramos un discurso velado, incisivo, de fractura, y se cuestiona constantemente el amor, la muerte, el compromiso social y político.

Velázquez Cruz es heredero de Jorge Manrique y la generación del 27 (sobre todo de Miguel Hernández en el trato que da al tema político; y de Federico García Lorca en el uso excesivo de juegos metafóricos e imágenes encriptadas, infinitamente herméticas).